

Emiliano, apellidado desde entonces el Africano. Muchos y preciosos objetos de arte, entre los que se encontraba el toro de Falaris, fueron restituidos á la Sicilia; diéronse las bibliotecas al rey de Numidia, á excepcion de las obras de Magon sobre la agricultura, que fueron llevadas y traducidas en Roma; desmanteláronse todas las ciudades que eran favorables á Cartago, al paso que las que se habian declarado en su contra obtuvieron ensanche de territorio; particularmente á Utica le cupo en la particion el país comprendido entre Cartago é Hipona. Viéronse obligados los africanos sometidos á pagar un tributo, y se convirtió en una provincia de Africa el estado de Cartago. Consecuente á las órdenes del Senado, hizo Escipion pasar el arado al rededor de las murallas condenadas á la destruccion, renovó las imprecaciones rituales, por las que los dioses debian hacerse enemigos de la causa vencida, incendióse en seguida y consumieron las llamas en diez y siete dias á la envejecida rival de Roma.

De esta manera, despues de siete siglos y medio de existencia y de dos de lucha contra Roma, fué sin motivo ni justicia extinguida esta poderosa ciudad. Tan inicua devastacion fué, sin embargo, el emblema de gloria para la familia de los Escipiones, hombres llenos de humanidad, de cultivado talento, y que siempre se habian opuesto á medida tan salvaje; hizo asimismo la gloria de Emiliano, á quien todos citaban con elogio por la dulzura de su carácter, y del que Ciceron hizo su principal interlocutor en el diálogo de la república. Se decia, que nunca habia cometido una mala accion, ni dicho una palabra que no fuera digna de alabanza. Habiéndose identificado Roma en su orgullo con la humanidad, no comprendió nunca más intereses que los propios, no teniendo valor á sus ojos nada que no fuera romano. Escipion, sin embargo, á vista del desastroso espectáculo que ofrecia una nacion tan poderosa, permaneció algunos momentos absorto y silencioso, exclamando, despues, como el Hector de Homero:—¡Llegará un dia en el que caerán los sagrados muros de Ilión, de Priamo y de toda su raza!—Preguntando por qué libió que entendia por Ilión y por la raza de Troya, respondió sin nombrar á Roma, que

reflexionaba sobre el modo en que los estados más florecientes, declinan y perecen segun agrada al destino.

Podria creerse que la caída casi contemporánea de las dos ciudades más comerciales, Corinto y Cartago, produciría un gran trastorno en el comercio del mundo; pero Rodas y Alejandria habian atraído á sí gran parte de los negocios, sucediendo Utica á su antigua dominadora.

Aunque los romanos hubiesen maldecido al que hubiera construido sobre las ruinas de Cartago, Cayo Graco fué enviado veinticuatro años despues para establecer en ellas una colonia; levantóse de nuevo la ciudad en tiempo de Augusto. En el del emperador Gordiano citábala Herodio grande y populosa hasta el punto de no ceder sino á Roma y de rivalizar con Alejandria. Colócala Ausonio en tercer grado nombrándola despues de Roma y de Constantinopla; habla Salviano de su grandeza poco antes de la época en que fué invadida por los vándalos, y cita el acueducto, el anfiteatro, el circo, el gimnasio, el pretorio, el teatro, los templos de Esculapio, de Astarte, de Saturno y de Apolo, sus basílicas y sus plazas. Destruyeronla enteramente al fin los sarracenos en el séptimo siglo, y del mismo modo que se sentó Mario sobre sus primeras ruinas para meditar en ellas su venganza, vino á morir San Luis en sus nuevos escombros, reflexionando sobre la nada de las cosas humanas y fortificando su alma con inmortales esperanzas.

CAPITULO XXIV.

CHINA.

El país y sus habitantes.

Ahora se presenta á nuestros ojos una escena completamente nueva. Hé aquí un pueblo distinto de cuantos hemos visto hasta el presente, tan numeroso por sí solo como todos los europeos juntos, es decir, que forma la quinta parte del género humano; ocupa casi una décima parte de la tierra habitable, habla un idioma y emplea una escritura, cuyas reglas y bases son diferentes en un todo de las nuestras, así como no se nos asemejan ni en costumbres,

ni en orden de ideas, ni en organizacion política. Dotado de maravillosa habilidad en las artes manuales y de lujo, prodigiosamente rico en literatura, su civilizacion no marcha paralelamente con la nuestra, y hasta desconoce su giro.

Este pueblo, en que se encontraba como un foco de ciencia, de civilizacion y de comercio, y que dirigió los destinos de la parte más remota del Asia, á semejanza de la Europa del dia respecto del resto de la tierra, se remonta por su origen á los primeros tiempos del mundo: cuenta tradiciones no interrumpidas, de cuarenta siglos, en las que tal vez habria que buscar la historia de los pueblos orientales y las causas de las emigraciones que desde Odino hasta Gengis-Kan se derramaron por nuestro Occidente. Contemporáneo de todos los pueblos, olvidado por el tiempo, que no le ha envejecido ni renovado, forma una cadena viva entre lo presente y la antigüedad más remota.

Puede decirse, no obstante, que este pueblo sorprendente fué desconocido por los antiguos: parece demostrado que los *seres*, mencionados por Horacio y Floro como situados en el postrer término de los descubrimientos de la antigüedad, no eran los chinos. Prueba de esto es que, segun Plinio y Mela, *los seres habitan en el centro de las regiones orientales, cuyas dos extremidades ocupan los indios y los escitas*. Ahora bien, terminando el Asia, en su concepto, algo al Este del Ganges y un poco al Norte del Mar Caspio, es evidente que colocaban á los Seres en el Thibet y en sus inmediaciones. Las indicaciones de otros escritores nos vedan asimismo ver en la China el país de los seres. Es probable que el *Sericum* que se sacaba de allí consistia en una tela de seda, que deshilaban los romanos para hacer nuevos y ligerisimos tejidos, y adornar los encantos de la hermosura sin esconderlos; así como el *Serica materies* era una lana finísima y larga, cabalmente la misma de que se hacen actualmente los tejidos de Cachemira.

Arriano habla de los *Sinae*, de donde se trasportaban las sedas crudas y trabajadas hácia el Occidente por la Bactriana (Bokara). Parece que en tiempo del décimo séptimo emperador de la dinastía de Han, el año 94 de J. C., hubo

de partir de la China un enviado para anudar con el mundo occidental relaciones de comercio y de detenerse en Arabia. En la época de Trajano llegaron los chinos, á consecuencia de sus guerras contra los tártaros, hasta el Mar Caspio; y hay motivo para creer que el uso siempre creciente de la seda, determinó á Antonino á enviar por mar en el año 161 un embajador á los pueblos que la trabajaban, pero volvió sin recabar cosa alguna. Acaso no se encaminó más que á la parte superior del Oxo y del Iaxarto, donde se dirigian á la sazón en tropel los negociantes chinos, dilatándose el imperio hasta á aquel punto y hasta las montañas de Zung-Ling. Se cree que el cristianismo fué introducido allí por los nestorianos hácia el año 635; con efecto, se han encontrado allí vestigios de ellos y hasta iglesias.

A los árabes debemos las primeras noticias exactas de la China, cuando el impetu de las conquistas llevó en los siglos VIII y IX al pueblo más entusiasta á los confines de la nacion más metódica. Un pasaje, traducido por Renaudot, de la relacion de un viaje emprendido por los árabes á aquella comarca entre los años 850 y 874, prueba que sus navegantes iban por mar á la China para hacer el comercio, antes de la conquista del país por los tártaros mongoles. Luego que Gengis-Kan hubo fundado la dinastía de estos conquistadores, el árabe Ibn-Batutas visitó la China, y encontramos en sus viajes, traducidos por el profesor Lee, la descripción del papel moneda, invencion de los mongoles.

Con la intencion de poner un dique á la inundacion con que Gengis-Kan amenazaba á Europa, el santo padre, como tutor de la cristiandad, envió en embajada al conquistador muchos religiosos que llevaron á Roma noticias escuchadas entonces como fabulosas. Cupo igual suerte á las relaciones del veneciano Marco Polo, apodado Million á consecuencia de la persuasion en que estaban todos de que habia exagerado singularmente lo que habia visto. Habia visitado en 1274 el reino del conquistador mongol Coubilai-kan, por quien hasta habia sido empleado.

Hizo poco despues el armenio Hayton una descripción de aquel punto; luego Juan Corvino, enviado por Nicolás IV, convirtió á la fé

gran número de habitantes del país, no siendo todavía el gobierno tan receloso respecto de los extranjeros, como lo fué bajo los manchues.

Allí penetraron los portugueses por vez primera en el año de 1516, y sorprendidos de encontrar tantas riquezas, civilización y sabiduría en una comarca tan distante, cuando eran ignorantes y bárbaros todos los pueblos intermedios, contaron maravillas con tal énfasis, que se reputó la china como el país de los milagros. Pero al mismo tiempo que la sed de la ganancia ó la manía de las conquistas atraía á aquel pueblo singular á los europeos, el celo de la fé llevó posteriormente, en el año de 1580, á los misioneros, que tan ilustrados como sinceros transmitieron acerca del país las más exactas observaciones. Kang-hi, el más liberal de los emperadores de la China, facilitó especialmente el libre acceso de los jesuitas al reino del centro; así continuaron propagando allí los conocimientos europeos y las doctrinas católicas, y dando del país noticias verdaderas y exactas hasta la época en que el recelo hizo que fueran expulsados. Puede decirse que desde entonces se cerró el imperio chino á los europeos. Detiéndense en Canton los mercaderes ocupándose más en sus asuntos particulares que en materias de erudición; son recibidos allí con desconfianza los viajeros y hasta los embajadores; se les mantiene en la ignorancia de cuanto allí acontece ó se les engaña, y aunque las relaciones se multipliquen de día en día, uno de ellos, más franco que los demás, escribía de este modo: *Se nos ha recibido como á pordioseros, se nos ha tratado como á cautivos, y se nos ha despedido como á ladrones.* Tres condiciones que por su índole no permiten de cierto entregarse á profundas exploraciones.

Hé aquí por qué conocemos ménos á este pueblo singular que á las demás naciones antiguas; hé aquí por qué no se han podido interpretar hasta ahora los geroglíficos trazados en las cintas de seda en que permanece envuelta esta momia de un eterno y gracioso niño. Pero desde que nuestros filólogos pudieron aplicar la ciencia al análisis de la lengua y de la escritura de la China, el estudio de los libros ayudó á comprender á esta nación misteriosa.

Llaman los chinos á su país *Chung-kou*, es

decir, centro de la tierra, ó *Chunyang*, nación de enmedio; añádense á menudo títulos pomposos, como *Tammingca*, reino de gran esplendor, *Tainschin-ca*, reino de la pureza, *Tien-ou-ca*, reino que contiene todo lo que hay debajo del cielo, y desde que dominan allí los tártaros manchues, el grande y puro imperio. Aplícase á veces el nombre de la familia reinante, así cuando sometieron la parte meridional del imperio con el Tonkin, y llevaron sus conquistas hasta la Cochinchina, los malayos y los indios, sus vecinos, les llamaron *Chin* ó *Sin*, de la dinastía de este nombre, que ocupó el trono doscientos cincuenta y seis años antes de J. C. De aquí procede el nombre de China: el de *Catai*, que le dió Marco Polo, y que le han conservado los rusos, se deriva de los chitanos, nación que habitaba las provincias septentrionales en tiempo de la invasión de los mongoles.

Es el imperio de la china un inmenso plano inclinado, que desciende desde las altas cumbres del Thibet hasta el Mar Amarillo. Se dilata igualmente desde Kasgar, á la embocadura del Amor, sobre una longitud de mil trescientas cincuenta leguas, y se cuentan ochocientas cincuenta desde los montes Safansk á la punta más meridional que se halla enfrente de la isla de Hainan.

Situado entre el 21° y el 41° de latitud norte, ofrece dos mil leguas de costas, y su superficie es de seiscientos setenta mil leguas cuadradas. La China propiamente dicha tiene noventa y cinco mil leguas de superficie; pero es tan difícil determinar el número de sus habitantes que unos le suponen ciento y cincuenta millones y otros trescientos treinta.

Cuéntanse allí dos mil setecientos noventa y seis templos, mil ciento noventa y tres castillos, tres mil seiscientos monasterios, diez mil ochocientas nueve construcciones antiguas, tres mil ciento cincuenta y ocho puentes de piedra, de los que algunos tienen hasta cien arcos, setecientos sesenta y cinco lagos, catorce mil seiscientos siete montañas, mil seiscientas cincuenta y nueve ciudades, entre las que hay algunas cuyo número de almas asciende á dos millones. Por todas partes se ven canales surcados, según la expresión de los chinos, por nueve mil novecientas noventa y nueve barcas,

y un intrincado laberinto de caminos llenos de carros y de peones, con numerosos ejércitos en los campos y respetables guarniciones en las fortalezas; véase allí también á una porción de gentes construir sus habitaciones en las radas cual si hubiera escasez de terreno, y pasar así mecidos por las ondas su eterna infancia.

El imperio que comprendía aún no hace mucho tiempo quince provincias, abarca actualmente diez y ocho. Una de las más notables es la de Pe-chi-li, separada por la gran muralla de la Mongolia, y la cual contiene ciento cuarenta ciudades; en medio de ellas se alza Pekin, capital del imperio, cuyas altas murallas de ladrillo tienen nueve leguas de circuito, y donde se entra por diez y seis anchas y marmóreas puertas. Encierra una multitud de edificios, de patios, de jardines, más admirables por su cantidad y rareza que por su nobleza y elegancia, por no tener nada de regular su arquitectura. Generalmente no consisten las casas más que en un piso bajo, pareciendo muy extraño á los chinos nuestro modo de hacinar casa sobre casa, á riesgo, según dicen, de verlas desmoronarse. En efecto, no son las suyas extremadamente sólidas, por estar construidas con bambúes y las más ricas con madera de cedro, llevada de una distancia de quinientas leguas. En las calles, sin empedrado, que van en línea recta y paralelamente entre sí de un extremo de la ciudad á otro, contrastan habitaciones repugnantes y próximas á su ruina, un sofocante polvo, pozos y charcas en medio del tránsito público, el hedor de las letrinas y de las inmundicias amontonadas, con ligeras construcciones, espléndidas tiendas cubiertas de doraduras y de brillantes barnices. Indica la muestra las principales mercancías y el nombre del negociante; siempre se añaden estas palabras: *No se os engaña (pouhou)*; lo cual conviene tomar como un aviso para irse con cuidado. Aún llaman la atención en Pekin risueños jardines, pequeños estanques donde vogan elegantes góndolas amarillas (*sampan*) con velas de pleita y cordaje de corteza de bambú, arcos de triunfo (*pailcu*) en honor de dignos personajes; casas de recreo de suficiente extensión para dar cabida á todo el séquito de los más altos señores de Europa, con kioscos y pabellones para descanso ó distracción de los ricos que dominan

entre aquellos dos millones de habitantes. Cuando pasa en litera un mandarin ó algún personaje opulento, va corriendo delante á caballo uno de sus servidores para hacer que se aparte la multitud de carros, de transeúntes, de asnos, de caballos, de camellos que estorban el paso de las calles, mientras que los centinelas paseándose en medio de aquella barahunda sacuden indistintamente con un flexible látigo á todo el que ocasiona el menor desorden.

Hay un tribunal de príncipes para fallar acerca de cuanto concierne á la familia imperial; el de los mandarines, que presenta al rey los candidatos para las diversas funciones civiles y militares y vigila su conducta; el de las rentas públicas para la revisión de cuentas; el de los ritos para ordenar lo relativo á estudios, religión y ceremonias. Cuéntanse además el de los médicos, el de los astrónomos, de las construcciones públicas, de la guerra, de los delitos, de los censores, de la policía, que dirigen el imperio según se regía hace miles de años. El tribunal de la historia y de la literatura se compone de las corporaciones que presiden los estudios y las universidades. Examina á los aspirantes para el título de letrados y elige á los que deben componer los discursos y los versos que han de recitarse á presencia del emperador. En el colegio imperial se enseña la retórica. El observatorio astronómico, el almanaque imperial, la *Gaceta oficial*, la imprenta real, la biblioteca, inmensas galerías de historia natural, hospicios para los expósitos y para la vacuna, carruajes de alquiler, etc., son instituciones, que se considerarían por llevadas de Europa, si no existiesen allí desde hace muchos siglos.

En el templo más magnífico consagrado á Boudha, designado en la China con el nombre de Fo, enseñan trescientos lamas del Tibet teología. Hay otro donde están depositadas las tablillas de los hombres ilustres y de los más célebres emperadores: es tan venerado, que nadie puede acercarse á aquel sitio á caballo ni en carruaje. También posee Pekin teatros, donde desde medio día hasta la noche se representan comedias y tragedias, de la más original estructura.

Esta ciudad fué fundada en 1267, cuando

razones de Estado hicieron trasladar á un lugar más cercano de la Tartaria la sede del imperio; antes estaba en Nankin, que, situada en un golfo del Mar Amarillo, aún se reputa como la parte más civilizada de la China. Sácanse de allí los mejores tejidos de algodón y seda, el papel, el té y las mejores obras de barnices.

Se cree que los chinos habitaron originariamente el Schan-si, al Norte del imperio; pero los emperadores residieron durante muchos siglos en el Schen-si, cuya capital es Si-an-fou. Es también una de las más vastas y hermosas ciudades; es rica en monumentos antiguos, entre cuyo número se cuenta una inscripción copiada de la que se leía en las montañas donde nace el Hoang-ho: recuerda los grandes trabajos ejecutados por You, bajo el reinado de Yao, veintidos siglos antes de Jesucristo para el derribo de las aguas estancadas.

Es notable, con especialidad el pueblo de King-teching, en la provincia de Kian-si, donde se ocupa un millón de habitantes en la fabricación de la porcelana. Cubre en la longitud de cuatro millas la ribera de un ancho río: allí se consumen diariamente diez mil cargas de arroz y más de mil cerdos, y no hay un sólo individuo que no se emplee en esta industria, hasta los inválidos y los ciegos, que muelen esos colores, que nuestra ciencia no puede igualar todavía. El humo y las llamas que salen de quinientos hornos dan á aquella población durante la noche el aspecto de una inmensa hornaza.

La isla que los chinos llamaban Thai-ouan fué denominada isla Formosa por los portugueses, á causa de su situación favorable y de lo apacible del clima; por desgracia los terremotos y la mala calidad de las aguas disminuyen mucho de tan notables ventajas. Era conocida antiguamente por los chinos, quienes la llamaban el país de los bárbaros meridionales (*Mantty*), porque no enviaba tribus ni embajadas á los emperadores. Ocupáronla los japoneses en 1621, luego se la cedieron á los portugueses, lanzados de allí más tarde por el pirata chino Xoxinga (*Ching-Ching-Kung*).

La provincia más importante del Mediodía es Kouangtung, rica en granos y en frutos, en oro, pedrería, perlas, estaño, marfil, maderas odoríferas y palo de hierro, producción pecu-

liar suya. Canton, su capital, ha sido hasta ahora el único puerto abierto á los europeos. Esta ciudad, donde reina una actividad imponderable, fué reconstruida con arreglo á un plan mejor después de 1823; tiene calles en buen estado, tiendas sumamente elegantes, aunque uniformes, guarnecidas de esas mil futilidades que el lujo hace buscar á los europeos, y cuya delicadeza y finura aún no han alcanzado sus esfuerzos. Así como Nankin es la ciudad de la ciencia, Pekin es la del poder y Canton la del negocio.

Saca de la China el comercio inmensos tesoros: sólo la compañía inglesa exporta anualmente de Canton treinta y tres millones de libras de té. Allí hacen los Estados-Unidos negocios que pueden calcularse en veintitres millones en importaciones y en veinticinco en exportaciones; los ingleses ciento seis en importaciones y noventa y siete en exportaciones. El opio, que introducen allí de contrabando, asciende á un valor de noventa millones al año, y ha sido causa de una guerra entre la China y la Gran Bretaña.

Macao, fundada en el golfo de Canton por los portugueses que en 1580 habían obtenido aquel rincón de tierra en galardón de haber libertado á la China de un formidable jefe de piratas, tuvo rápido fomento, si bien decayó con el poder de sus fundadores. Aquellos que son capaces de comprender los inefables padecimientos del genio van allí á visitar la gruta de Camoens, donde el ilustre cantor de los Lusíadas, desterrado y sin ventura, compuso su poema.

Descienden de las montañas del Thibet los dos caudalosos ríos Yag-tse-kiang y Hoang-ho, ó si se quiere, los ríos Azul y Amarillo; el curso del primero tiene trece veces, y el del segundo quince la longitud del Támesis. A poca distancia de su nacimiento se separan, dirigiéndose el uno hácia los mares del Trópico, y el otro hácia los helados desiertos de la Mongolia. Vuelven á juntarse en seguida y forma un gran número de lagos, de donde salen mil riachuelos, que riegan por todas partes el suelo de la China. Con el auxilio del arte se hacen serpear las aguas en una infinidad de canales cuyas orillas están construidas con piedras talladas y son bastante profundos para contener

buques de alto bordo, con puentes de fábrica admirable. El canal Imperial es el más sorprendente de todos: tiene seiscientas leguas de longitud, y en algunos parajes quince toesas de anchura; está guarnecido casi por todas partes de casas, se encuentra de legua en legua un muelle de desembarco, y cruza así montes, desiertos, fecundizando arenosas llanuras y secando pantanos. Pone en comunicación la capital de la China con las provincias del centro y del Mediodía, y hace pasar los bajeles de Pekin á Canton en cuarenta días de navegación. Cuando los buques llegan á las esclusas los levantan por medio de máquinas para trasladarlos al otro lado. Fué empezado en 1181 y concluido á principios del siglo XIII, bajo Khou-bilai Kan, sobrino de Gengis-Kan.

Otra maravilla de la China es la gran muralla. Fué levantada por Sin-Chi-oang-ti, primer monarca que juntó bajo su dominación toda la China, cerca de doscientos años antes de J. C. Limita todo el Norte de la China desde el golfo Pe-ce hasta el Si-ning, en una longitud de diez ocho grados y medio ó mil cuatrocientas millas. Tiene veinticinco piés de altura, otros tantos de espesor en su base, y quince en la plataforma, donde pueden correr de frente seis ginetes; toda ella está almenada y flanqueada de torres á cada distancia de dos tiros de flecha.

Se eleva siguiendo las desigualdades del terreno hasta la altura de quinientos piés sobre el nivel del mar. Sumando toda su mole tiene cuatro millones quinientos mil piés cúbicos, y se ha calculado que con sus materiales habría para construir un muro de seis piés de altura y de dos de espesor que diera dos veces vuelta á todo el globo. Esta muralla, en que según se dice, trabajaron por espacio de diez años muchos millones de hombres, de los cuales perecieron cuatrocientos mil, y que fué probablemente derribada y levantada de nuevo muchas veces, tenía por objeto defender el imperio contra las escursiones de los tártaros ó *Tung-nou*. Precaución inútil, puesto que la salvaguardia de un reino no estriba en una muralla. Las Termópilas, ante las cuales habían retrocedido los innumerables soldados de Jerjes, fueron forzadas por un puñado de cruzados.

En tan vasta extensión de territorio es ne-

cesariamente muy vario el clima; las altas montañas del Asia central, lo hacen rigurosísimo en la parte superior, así como es suave en extremo á las inmediaciones del Océano. La temperatura de Chen-si es la de la Grecia é Italia; pero las provincias septentrionales experimentan frios más fuertes que los países de Europa situados en la misma latitud, frios semejantes en intensidad á los de la Siberia; cerca del trópico el calor es más excesivo que en Bengala, aunque los vientos periódicos lo hacen soportable. De vez en cuando los huracanes y las trombas marinas causan estragos en las costas; una vez sumergieron toda una escuadra destinada á conquistar el Japon. Por rareza llueve en Pekin, á no ser en los meses de Junio, Julio y Agosto; pero allí arcecia mucho el viento, y esparce á lo lejos un polvo amarillo como azufre, procedente acaso del estambre de las flores de pinos y de abetos muy numerosos en aquellas cercanías.

El suelo, que se alza en terraplenes, parece formar grandes eminencias; está cultivado y dispuesto para el pasto de los animales con admirable esmero, por medio del curso del agua, que hace subir el arte á la cumbre de las colinas. Ofrecen á la vista una distracción continua las casas y edificios de labor, exparcidos por el campo y no reunidos en aldeas. No hay puertas ni cercados para poner á cubierto de las fieras. Las mujeres educan á sus hijos, hilan algodón y se ejercitan en el oficio de tejedoras; el marido se ocupa en hacer que produzca su campo lo más posible, especialmente no descuidando echar allí la menor partícula de estiércol. Los chinos, que durante todo el año moran en medio de estanques de pútridas exhalaciones, donde madura el arroz en limitadas llanuras, no experimentan la incomodidad más leve. Beben bajo el ardoroso sol de su comarca té y algunas gotas de vino, absteniéndose absolutamente de agua fría; comen arroz y poca carne; cantan y se regocijan. Se conservan en perfecta salud, á pesar de los trabajos que en el Mediodía de nuestra Europa causan la delgadez, la enfermedad y la muerte de tantos cultivadores.

Poco entienden del cultivo de los árboles frutales y de las viñas. Así como les repugna introducir en sus usos elementos extranjeros,